

# CADENILLAS

■ Por J. J.

Cadenillas tiene un tipo parecido a Don Quijote; es alto, enjuto, las piernas arqueadas, como esas personas que montan a caballo con asiduidad; calza siempre botos camperos, la cara chupada, el pelo ralo y barba de varios días.

Su verdadero nombre es José López, pero desde pequeño le llamaban "Cadenillas" por sus pocas carnes, que dejaban adivinar las costillas debajo de la camiseta.

Siempre fue blanco de burlas y puyas para los demás crios, lo que le llevó a tener un carácter reservado e introvertido, que le hacía pasar desapercibido. Por eso nadie le echó en falta cuando emigró. Nadie sabe tampoco dónde estuvo ni qué hizo. Lo único cierto es que al cabo de quince o veinte años, no se sabe con certeza, apareció por el pueblo. Se le ve de vez en cuando por el bar, solo, apartado en una punta de la barra, hablando consigo mismo, en voz tan baja que nadie alcanza a oír lo que dice.

Poco a poco se han ido sabiendo más datos sobre su pasado. Trabajó en una mina y le ha retirado la silicosis, y de lo que cobra por ello vive. No debe ser mucho porque a partir de mediados de mes no se le ve el pelo.

Vive solo en una casita de campo, cerca de la carretera, donde no debe llevar una vida muy confortable, ya que no tiene agua corriente ni luz; sólo un pozo y un pequeño huerto, con algunos árboles que le dan sombra en los calurosos días de verano.

Al principio de volver al pueblo llevaba una existencia gris y anodina, y a los pocos días dejó de ser novedad, y los parroquianos se acostumbraron pronto a sus esporádicas visitas al bar. La excepción la constituía alguna que otra borrachera, sin más consecuencias que gritos y amenazas nunca cumplidas, por suerte para todos.

Pero un día sucedió lo inesperado. Un sábado de febrero, lluvioso, frío y desapacible. Había sido un mal día para la discoteca, debido a que los trabajos de recolección de aceituna quitaban a la gente las ganas de salir de juerga. Cadenillas estuvo bebiendo toda la noche, y a la hora del cierre le perdonaron el último trago porque ya no le quedaba dinero. Es mejor perdonarle un poco que tener un mucho de problemas por unos duros.

Al salir de la discoteca se fue para la casa de la Petra, una viuda de unos cincuenta años, y todavía de buen ver, y llamó a la puerta.

- ¡Déjame entrar, Petra! Que hace mucho frío.

- ¡Pues jódete! ¿Quién

te manda andar a estas horas por la calle? Y con el frío que hace, estás loco. Vete a dormir y mañana me cuentas tus penas.

- ¡Anda, dame algo de cenal! ¿Qué tengo el estómago vacío!

- Pasa. Pero no te aficiones, que una vive sola y luego la gente habla. Y yo no tengo ninguna necesidad de andar en bocas ajenas.

- ¿Qué van a decir? Mujer, a tu edad estás libre de esas cosas.

- ¡Uy! No te fies; aquí en los pueblos con tal de darle a la sin hueso se inventan cualquier historia. Pasa y cierra, que hace frío.

Pasó al comedor y se sentó en la mesa camilla buscando el abrigo de las faldas. La Petra se metió en la cocina y volvió al rato con un par de huevos fritos y un chorizo.

- ¡Toma, a ver si entras en calor! Anda que para irte ahora a tu casa, con lo que está cayendo. Ay, si te pasa algo por esos caminos. ¿Quién te va a amparar?

- Mujer, me puedes amparar tú. Deja que me quede aquí esta noche. No está el tiempo para andar por ahí.

- Pues no haber venido. ¿Quién te manda a ti venir hoy?

- ¿Qué quieres que haga? Me aburro sólo en mi casa; con el día que ha hecho no he podido salir a cazar.

- No intentes conven-

cerme, así que escampe un poco te vas.

Y se fue para la cocina con los platos sucios. Al poco se oyó correr el agua y entrecuchar de platos que se ponen a escurrir. Cadenillas se levantó de la mesa y se fue para la cocina con una media sonrisa que no presagiaba nada bueno. La Petra estaba de cara a la pared acabando de colocar los platos en la escurridera. La cogió por la cintura y le susurró suavemente al oído:

- ¿Cuánto hace que duermes sola? ¿Por qué no me dejas dormir contigo y nos damos calor, que los dos lo necesitamos?

- ¡Socorro! Ayuda, que me violan.

Cadenillas la apretó con más fuerza y al poco se oyó aporrear la puerta.

- Petra, qué te pasa. ¡Abre o echamos la puerta abajo!

Cadenillas la soltó para que fuese a abrir y entraron varios vecinos, uno de ellos con una escopeta de caza. Le cogieron y entre amenazas le pusieron de patitas en la calle.

Cadenillas se despidió:

- ¡Tú te lo pierdes! Con lo bien que podríamos haberlo pasado juntos. Ya volveré otro día que estés más cachonda. Todavía tienes un buen pase.

Lo que le ganó nuevos improperios y amenazas de los presentes.